

á servir más de veras á Dios y á su Bendita Madre. Y como viese á su sobrino Juan Diego tan adelantado y aprovechado en toda virtud por la casi continua asistencia á la milagrosa Imagen, por vivir en una casita próxima á la santa Ermita desde la colocación de dicha Santa Imagen, una vez que entre otras le vino á ver, le comunicó sus deseos de venirse á vivir con él en la Casa de la Virgen, para gozar él también de los favores de tan misericordiosísima Señora. A lo que Juan Diego respondió que no tratase de hacer tal cosa, porque no convenía que ambos desamparasen su pueblo, su casa y sus tierras; y que supiese que su propósito era y es cumplir á la letra lo que la Santísima Virgen le había mandado, que viviese sólo y retirado de los suyos. Viendo Juan Bernardino la santa resolución de su sobrino, se volvió á su casa donde vivió hasta el año de 1544, trece años después de la Aparición milagrosa, en que el contagio general del *cocolixtli* le arrebató, entre muchos millares de indios que con él murieron, á 15 de Mayo, de ochenta y seis años de edad. Había visto antes entre sueños, (modo en que suele Dios manifestarse muchas veces á sus amigos,) á la Señora de Guadalupe, la cual le avisó que había de morir en breve, que se alegrase y animase porque ella como á devoto suyo, lo sacaría á paz y á salvo. Y el efecto mostró que había sido más que sueño el aviso: porque murió con mucha confianza y alegría y consuelo espiritual, dicho día, mes y año."

"Su cuerpo fué traído á Guadalupe y enterrado honoríficamente en la Iglesia vieja del Santuario, que es la Capilla que hoy se conserva en el sitio en que envió la Santísima Virgen las flores con Juan Diego al Obispo. Hallóse este santo Prelado presente á su entierro, honrando muerto con su asistencia al que se dignó honrar la Señora con su presencia vivo."

"Quedó Juan Diego, (prosigue la Relación), por una parte sentido con la muerte de su tío, y por otra consolado de la buena disposición con que acabó esta triste y cansada vida. Hábiale avisado á este siervo suyo la Señora por medio de su Imagen, que Juan Bernardino, su tío, el Ilmo. Obispo y él (las tres principales personas que intervinieron en su admirable Aparición,) habían de gozar de la gloria de su Hijo, porque á su cargo estaba el galardonarlos lo que habían hecho por ella. Vió cumplida en su tío esta palabra: cumpliósese lo demás en los dos cuatro años después, muriendo el

Arzobispo y Juan Diego en un mismo mes y año, que fué el de 1548, . . ." como más adelante se dirá. (Florencia, Estrella del Norte, cap. XIII, § 10.)

III

Acerca de la muerte del V. Zumárraga, el P. Mendieta en su Vida, escribió: "Supo este santo varón el día y hora de su muerte, y dijo á muchos. Y considerando que pasarían algunos años antes que viniese otro Prelado que pudiese confirmar, mandó dar aviso por todos los pueblos de la comarca de México para que en aquella ciudad se viniesen á confirmar los que no se hubiesen confirmado y á recibir el Olio Santo y Crisma los que no lo habían recibido, cuando se bautizaron, que eran muchos. Los cuales juntos en la solemne Capilla de San José, (que está en el patio del Monasterio de San Francisco,) confirmó y puso el crisma y Olio Santo á los que no lo habían recibido, ayudándole en estos actos muchos sacerdotes que se hallaron presentes. Pocos días después estando en el pueblo de Ocuituco, donde había ido á confirmar, le llegaron las Bulas de Su Santidad, procuradas por el Emperador, para que fuese el primer Arzobispo de México.¹ Las cuales le pusieron en grande angustia, porque él por su mucha humildad no quería aceptar esta dignidad, diciendo que aun para la que tenía de Obispo no era digno, cuanto más para otra superior. Los Religiosos de todas las Ordenes por otra parte le aconsejaban que la aceptase, salvo dos de quien él hacía mucha cuenta. Y habiéndose ido del pueblo de Ocuituco á México y estando perplejo y dudoso de lo que haría, acordó de partirse para un pueblo que se llama Tepetlaoztoc, que dista de México ocho leguas, donde á la sazón era morador su muy íntimo amigo y siervo de Dios Fray Domingo de Betanzos, de la Orden de los Predicadores, en cuyas manos (como lo decía el bendito Pontífice) deseaba morir. Salió de México, víspera de Pascua de

¹ Con fecha 11 de Febrero de 1546 el Papa Paulo III había erigido en Metropolitana la Iglesia de México, dándole por sufragáneos las Diócesis de Oaxaca, Michoacán, Tlaxcala, Guatemala y Ciudad Real de Chiapas, y nombrando por primer Arzobispo al mismo Zumárraga; y á los 8 de Julio de 1547 le envió la Bula del Palio que no llegó á recibir. (Icazbalceta. Zumárraga, pág. 193.)

Espíritu Santo, después de media noche y dióse tanta prisa de caminar en un jumento, bruto humilde de que siempre usaba, que llegó á las nueve del día á Tepetlaoztoc, donde fué recibido de los Religiosos del Monasterio. Diéronle allí al tiempo de comer un poco de vino: mas por muchos ruegos y persuasiones no pudieron acabar con él que lo bebiese, aunque la necesidad que traía era grande por su viaje y cansancio. Estuvo allí cuatro días platicando y confirmando sobre si aceptaría ó no la dignidad de Arzobispo: y en ellos confirmó catorce mil quinientos indios, trabajo muy excesivo para hombre de tanta edad. Esto certificó el Vicario que entonces era de aquel Monasterio, porque hizo contar las vendas de los confirmados. El jueves siguiente después de Pascua le dió su mal de orina de que era apasionado, y púsole en tanto aprieto que tuvo necesidad de volverse á la ciudad (24 de Mayo) y acompañóle su fiel amigo Fray Domingo de Betanzos, que no le desamparó hasta que en sus manos expiró y cumplió sus deseos."

Interrumpimos la relación del P. Mendieta para insertar una carta, que fué la última del V. Zumárraga al Emperador, con fecha 30 de Mayo de 1548, tres días antes de morir:

Después de haber avisado al Emperador de su fin no lejano y suplicarle de proveer la Iglesia de México de Prelado que sea modesto en vida, ciencia y costumbres, con lo que el anciano Pastor sin advertirlo se describía á sí mismo, prosigue: "Es verdad que habrá cuarenta días que con ayuda de Religiosos comencé á confirmar á los indios de esta ciudad y muy examinados que no recibiesen más de una vez la confirmación. Pasaron de *cuatrocientas mil ánimas* los que recibieron el Olio y se confirmaron, con tanto fervor que estaban por tres días ó más en el Monasterio esperando recibirla, y aun no parece que comenzaban á venir: á lo cual atribuyen mi muerte, e yo la tengo por vida, y con tal contento salgo de ella, haciendo en el servicio de Dios y de Su Majestad mi oficio. *Hago saber á V. M. como muero muy pobre, aunque muy contento; y no llevo otra pena sino dejar algunos cargos. . . . V. M. me haga en muerte las muy crecidas mercedes que siempre en vida me ha hecho; de lo cual y de V. M. me despido. . . . Fray Juan, Obispo de México.*"

"Una hora antes de su tránsito, prosigue el P. Mendieta, dijo á los Religiosos que con él estaban: "Oh padres, ¡cuán diferente cosa

es verse el hombre en el artículo de la muerte, ó hablar de ella!" Recibidos con mucha devoción los Sacramentos de la Eucaristía y Extrema Unción dió el alma á su Criador diciendo *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, Domingo después de la Fiesta de Corpus Christi (3 de Junio), á las nueve de la mañana, año de 1548, estando con todo su juicio, sin turbación alguna, y siendo de edad de más de ochenta años. Mandóse enterrar en el Monasterio de San Francisco con los frailes sus hermanos; mas por haber sido el primer Prelado de la Iglesia de México, lo sepultaron en ella á la puerta del Sagrario junto al Altar Mayor, á la parte del Evangelio; que otro sepulcro no se le pudo dar más preeminente. Su muerte se supo milagrosamente aquel mismo día por toda la comarca de México; y se hizo espantoso llanto en todas las ciudades y pueblos, y todas se cubrieron de luto. Fué mucha la gente que concurrió á su sepultura y con tantas lágrimas y sollozos de los Religiosos y Clérigos fué sepultado, que no se podían hacer los oficios acostumbrados. Y el Virrey y oficiales de la Real Audiencia estuvieron á su entierro vestidos de Cotas negras, dando muchos gemidos y suspiros que no los podían disimular. El llanto y alarido del pueblo era tan grande y espantoso que parecía ser llegado el día del juicio." (Lib. V, part. I, caps. 28 y 29.)

Para más pormenores, véase lo que escribió el Sr. Icazbalceta, (págs. 196-207,) y sobrada razón tiene el erudito Escritor en decir: *México debe otro recuerdo menos humilde al primer Pastor de su Iglesia, que es al mismo tiempo una de sus verdaderas glorias.*

En el mismo mes y año murió Juan Diego: pero antes de referir su dichosa muerte, vamos á poner aquí lo que prometimos en el Capítulo VI, página 123 de este Libro.

La tercera condición que la Congregación de Ritos exige para probar la verdad de la Aparición y la santidad del que fué favorecido con este beneficio sobrenatural, es: si el que recibió la Aparición, creció después de ésta en la humildad y en las otras virtudes cristianas.

De las respuestas que dieron á la Quinta Pregunta, los Testigos en las Informaciones jurídicas de 1666, sobre la milagrosa Aparición, tomamos los datos siguientes:

"Después que se le apareció la Virgen de Guadalupe, teniendo casas propias en que vivir y tierras en que sembrar en dicho pue-

blo de Cuautitlán, en donde había nacido, dejó su pueblo, casas y tierras á un tío suyo, porque ya su mujer había muerto antes dos ó tres años de la dicha Aparición: y se fué á residir en la dicha Ermita. Porque luego á principios de la construcción de la Ermita, los vecinos de Cuautitlán le habían construido una casita, pegada á la dicha Ermita, y allí se fué á vivir y á servir á la Santísima Virgen: que allí iban muy á menudo á verle y á pedirle intercediese con la Santísima Virgen les diese buenos temporales en sus milpas, porque en dicho tiempo *todos le tenían por santo* y le llamaban varón santísimo: que le hallaban siempre muy contrito, en silencio, penitencia y oración, asistiendo al servicio del Santuario: que frecuentaba á menudo los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, y que vivió y murió santamente con loable opinión de haber vivido con todo ajustamiento y virtuosamente sin que se le pudiese atribuir defecto alguno: que por esta razón los antiguos le llegaron á pintar en los Conventos y retratarle delante de la Virgen; pues no lo hicieran si no fuera tal, y la pintura era de las más antiguas. Mencionaron señaladamente que en el Dormitorio antiguo y primero que se hizo en la Iglesia de este dicho pueblo (de Cuautitlán), estaba y está una Virgen Santísima de pincel, en un lienzo, y en la pared de él, haber visto pintado un religioso lego de la Orden del Señor San Francisco, que según ha oído este testigo, era un Fr. Fulano de Gante, y tras él estaba pintado dicho Juan Diego y Juan Bernardino, su tío, con letreros arriba que decían: este es Juan Diego, y este Juan Bernardino; y asimismo estaban pintados otros Indios é Indias sin letreros detrás; que este testigo, como tan ordinario en la dicha Iglesia lo veía cada día, que de presente están medio borrados porque la pared se ha medio roto y renovado.”

Otros pormenores tomó el P. Florencia, de la Historia manuscrita ó Traducción parafrástica de Alva, la cual dicho Padre, prometió imprimir al fin de su Obra, y no lo cumplió “por haber salido demasiado abultada,” como él mismo lo advirtió.

“En esta casita próxima á la santa Ermita, vivió Juan Diego el resto de su vida, que fueron diez y siete años, en servicio de la Virgen, barriendo y aseando su Casa y oficinas del Vicario de la Iglesia, con humildad, prontitud y devoción, ocupando largos ratos de tiempo que le sobran de estos oficios, en meditación y contem-

plación delante de la Santa Imagen. Y que en este tiempo recibió grandes mercedes de la Señora; y que otros que no podían alcanzar de la Virgen favor en sus necesidades, le rogaban que intercediese por ellos, y él con humildad decía que lo haría, y lo hacía con igual fe y alcanzaba de ella cuanto pedía.”

“Item: que se decía por cosa cierta, que cuando estaba solo con la milagrosa Imagen, los que le espiaban le oían hablar como que realmente estaba presente la Madre de Dios y hablaba con ella. Item, que ayunaba los más días de la semana y se disciplinaba á menudo y que traía ceñido estrechamente el cuerpo con un cilicio de fierro; comulgaba con licencia del Obispo tres veces en la semana. Item, que barriendo una vez la Iglesia, le habló la Señora desde su altar y le avisó la cercanía de su tránsito; y que así como á su tío Juan Bernardino, se le apareció á la hora de la muerte. Murió en el mes de Junio, poco después del V. Zumárraga en 1548, de setenta y cuatro años de edad.

Fué enterrado en la Capilla antigua, es decir, en la primera Iglesia ó Ermita que el V. Zumárraga había edificado á la Virgen. (Florencia, Estrella del Norte, cap. XVIII.)

Sobre su sepulcro se puso una lápida de mármol con la inscripción en letras de oro en campo azul, que textualmente dice: “*En este lugar se apareció N. S. de Guadalupe á un Indio llamado Juan Diego donde está enterrado en esta Iglesia.*”¹ (Véase Carrillo, Pensil Americano. Disertación núm. 96, pág. 125).

Acerca de la antiquísima Imagen Guadalupana, pintada en lámina de cobre, de una tercia de largo por una cuarta de ancho, y ve-

¹ De esta inscripción trata el Ilmo. Obispo de Cuernavaca, Sr. D. Fortino Hipólito Vera, en su obra “Tesoro Guadalupano,” que imprimió en Amecameca, siendo Cura Vicario foráneo de dicho pueblo en 1887. Véase el primer Opúsculo. “Primer Siglo” núm. LXI, pág. 101 y 103. Consérvase esta inscripción en un cuadro con su vidrio. En 1880 al examinarla, se descubrió que en el reverso de la tabla había una certificación en que se afirmaba que “aquella inscripción con aprobación del Ordinario había sido colocada por los primeros fieles guadalupanos para conservar la memoria del venerable felicísimo Indio Juan Diego, su existencia y su sepulcro ubicado en la Capilla antigua según se infiere por el hallazgo de esta Inscripción en la Bodega de la misma Capilla, hoy llamada de la Parroquia” La Inscripción está pintada en un óvalo que mide media vara por el eje mayor y algo menos por el eje menor. Tiene el óvalo varias fajas concéntricas, siendo la exterior de color de oro, la siguiente una faja roja con labores pintadas, y la interior otra faja dorada. El centro del óvalo está pintado de color azul, y las letras doradas.

nerada al presente en el Altar Mayor de la Metropolitana, léase lo que escriben el P. Florencia (cap. 18, págs. 121-123) y el Pbro. Cabrera (lib. IV, c. 15, n. 1,009-1,001.) En resumen: un nieto, á lo que se decía, de Juan Diego, estando moribundo entregó como recuerdo al P. Juan de Monroy, S. J., su confesor, esta pintura que dijo había heredado de sus mayores. Túvola el Padre consigo por mucho tiempo y á menudo solía decir que aquella Imagen había sido "su compañera en el viaje de Roma y en todas sus necesidades y peregrinaciones." Después, en testimonio de agradecimiento el P. Monroy la regaló al Pbro. D. Juan Caballero y Osio, Prefecto de la Congregación Guadalupana de Querétaro, y de la Benemérita Congregación Queretana pasó al Cabildo Eclesiástico de México para colocarla en la Catedral.

Sigue ahora el P. Florencia: "La ponderación, que hizo el P. Juan de Monroy, *dió ocasión á algunos* á decir que era tradición derivada de Juan Diego á su hijo, y de su hijo al nieto, que se la había dado de su mano la Santísima Virgen milagrosamente copiada del original: y así lo oí yo cuando tuve la primera noticia. Pero esto *no tiene más fundamento que la piadosa interpretación.....* No todo lo que puede la Santísima Virgen lo hemos de dar por hecho *sin razón eficaz que nos obligue á ello.*"

CAPITULO X.

El segundo Arzobispo Mexicano, M. Fr. Alonso de Montúfar de la Orden de Predicadores.

ESTADO DE LAS COSAS Á SU LLEGADA.—PRIMER CONCILIO PROVINCIAL MEXICANO.—PROMUEVE Y DEFIENDE LA DEVOCIÓN Á LA VIRGEN APARECIDA EN EL TEPEYAC.

I

Consoló el Señor la Iglesia mexicana, afligida por la pérdida de su Apóstol y Padre, el V. Zumárraga, con proveerla de un digno sucesor en la persona del Maestro Fr. Alonso de Montúfar, de la Orden de Predicadores. Si al V. Zumárraga, de la Orden Seráfica

de San Francisco, cupo la dicha de recibir en sus casas la milagrosa Imagen de la Virgen, señal indudable de sus Apariciones y de construirle la Ermita que le había ordenado, el Maestro Montúfar, de la Orden de Predicadores, sucesor del V. Zumárraga, fué destinado por la Providencia para defender el prodigio de la Aparición de la Virgen y propagar su culto. Pero, como lo temió el V. Zumárraga, quedó vacante la Sede Metropolitana de México por seis años, desde el 3 de Junio de 1548 hasta el 23 de Junio de 1554 en que el P. Maestro Alonso de Montúfar, consagrado ya Obispo llegó á México. Cuando el Emperador Carlos V le presentó á la Sede Apostólica para el Arzobispado de México, hallábase el P. Maestro Montúfar en el Convento de Predicadores de Granada con el cargo de Calificador del Santo Oficio y de Consultor, así de la Cancillería de aquella ciudad, como del Cabildo de aquella Iglesia. En el desempeño de estos graves oficios y en el ejercicio de su ministerio de director de las almas fué tan acepto y ejemplar que el Emperador, precisamente por los elogios que la nobleza de Granada le había hecho del P. Maestro Montúfar como de *letrado temeroso de Dios*, movióse á presentarle por sucesor del primer Obispo y Apóstol de los Mexicanos. Era ya de edad madura y tendría como unos sesenta y dos años cuando llegó á México. Gobernó la Iglesia mexicana por diez y ocho años, hasta el día 7 de Marzo de 1572, en que murió de ochenta años de edad. Para más pormenores véase la obra de Agustín Dávila Padilla, "Historia de la Fundación de la Provincia de la Orden de Predicadores," lib. II, cap. 47.

Lo primero que hizo el Arzobispo Montúfar en entrando á gobernar, fué el imponerse, como era natural, del estado y de la condición de la naciente Iglesia mexicana. Dos cosas llamaron desde luego su atención: la primera fué la devoción de los mexicanos á la Virgen de Guadalupe, y la segunda fué el estado bastante crítico en que se hallaría su autoridad de Metropolitano con respecto á la autoridad civil y á las Ordenes Religiosas: y así de la una como de la otra cosa se ocupó el Ilmo. Montúfar con aquel tesón, celo y prudencia de que había ya dado muestra en Granada, mereciéndose también en México los elogios que allí le habían tributado de *letrado temeroso de Dios*.

Efectivamente, la devoción á la Virgen del Tepeyac no podía menos de llamar desde luego la atención del nuevo Arzobispo. Por-